

EL COLOCOLO

NARRADOR Como un intermedio literario de esta serie de libretos de Manuel Rojas, "Tierras y hombres de Atacama", irradiaremos esta noche uno de los mejores cuentos de este autor, radio-teatralizado por él mismo. En este cuento, cuya acción puede situarse en las tierras del norte chico, están representadas magistralmente varias de las supersticiones de nuestro pueblo.

MUSICA

NARRADOR Negra y fría es la noche alrededor y encima del rancho de José Manuel Pincheira. Son más de las nueve y ya el silencio domina los caminos y los campos. Dentro del rancho, iluminado por una vela que se consume en una palmatoria, la claridad es muy poco mayor que afuera. En el centro hay un brasero lleno de encendidas brasas; sobre ellas humea una ollita llena de vino. Dos hombres emponchados, uno de los cuales deja caer en la olla, de vez en cuando, trozos de cáscaras de naranja y tal cual trocito de canela, están sentados junto al brasero.

MUSICA

JOSE MANUEL Esto se está poniendo como caldo.

ANTUCO Y tanoloroso, José Manuel. Déjeme probarlo.

JOSE MANUEL No, Antuco; acuérdense que tenemos que esperar al compadre Vicente; si nos ponemos a probarlo, cuando él llegue no habrá ni gota.

ANTUCO Pero tantísimo que se demora.

JOSE MANUEL Tenía que llegar hasta El Algarrobillito, y arreando. Por el camino, de vuelta, los amigos lo habrán detenido para echar un traguito.

ANTUCO Claro, y mientras el caballero está tomando su <sup>traguito,</sup> ~~traguito~~ nosotros aquí escupiendo cortito con el olor. Déjeme probarlo, José Manuel.

JOSE MANUEL Bueno, ya está; me la ganaste. Toma.

CONTROL (Se acerca un galope de caballo)

JOSE MANUEL Alguien viene.

CONTROL (Se detiene el galope)

VICENTE (Gritando desde afuera); Compadre José Manuel!

JOSE MANUEL (Gritando también) ;Listo! (A Antuco) ¿No te estaba diciendo, porfiado, que llegaría pronto?

ANTUCO Llegue o no llegue, saqué mi traguito y no lo pierdo. ;Chitas que está recaliente!

CONTROL (Rechina una puerta)

JOSE MANUEL Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

VICENTE ;Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En la casa del Chico Aurelio casi me atoraron con vino.

CONTROL (Suena de nuevo la puerta y un hombre camina haciendo sonar las espuelas)

NARRADOR Vicente Montero avanza a largos y separados pasos. A la escasa luz de la vela vemos durante un momento su figura alta y su cuerpo poderoso, su rostro oscuro, de líneas fuertes y cuadrada barba negra. Después se hunde en la sombra.

JOSE MANUEL Siéntese por aquí. Está haciendo frío.

ANTUCO Debe estar lloviendo en la costa.

VICENTE Buenos, vamos a ver el vinito.

JOSE MANUEL Sírvale, Antuco.

NARRADOR Antuco llena un jarrito de lata y lo ofrece a Vicente, quien lo toma con mucho cuidado, aspira el vaho que despidе, hace un gesto de fruición con la nariz y empieza a beberse a sorbitos, lanzando gruñidos de satisfacción.

VICENTE ;Ah! Está bueno, muy bueno. Apuesto que fué Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar misturas.

JOSE MANUEL No, lo hice yo, y si no fuera porque lo defendí tanto, Antuco lo habría acabado probándolo.

VICENTE ;Ah, picaronazo!

JOSE MANUEL Bueno, cuenta; ¿cómo te fué por allá?

VICENTE Bien, pues; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistaдes.

JOSE MANUEL ¿Cómo está la gente?

VICENTE Regularcita. Taita Gil está enfermo. ;Pobre viejo! Se va

como un ovillo.

ANTUCO ¿Y qué tiene?

VICENTE ¿Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando; pero para mí que es pensión.

JOSE MANUEL Bien puede ser el colocolo.

VICENTE ¿Qué va a ser el colocolo! Oye, Antuco, pásame otro traguito.

ANTUCO ¿Tú no crees en el colocolo?

VICENTE No, señor; cómo voy a creer... Yo no creo más que en lo que veo. Ver para creer, dijo Santo Tomás, que no era ningún tuerto. ¿Quién ha visto al colocolo? Nadie; entonces no existe.

JOSE MANUEL ¡Vaya, hombre! ¿Así que tú no crees en Dios?

VICENTE ¿En Dios? De veras que tampoco se vé. Hum... No sé. Pero en el colocolo no creo. ¿Quién lo ha visto?

JOSE MANUEL Yo lo he visto.

VICENTE Sí, con los ojos del alma. ¡Son puras fantasías, señor! Las ánimas, los chonchones, la calchona, el colocolo, la viuda, las candelillas. ¡Bah! Ahí tienes tú: yo creo en las candelillas porque las he visto.

ANTUCO No esté mintiendo, señor.

VICENTE Claro que las ví.

JOSE MANUEL A ver, a ver; cuenta.

VICENTE Se los voy a contar. Oye, Antuco, pásame otro trago.

ANTUCO ¡Chís! ¿Otra vez? Así tan seguido se pierde el tañido.

VICENTE ¿No lo hicieron para tomar? Tomémoslo entonces. (Risas)

JOSE MANUEL Bueno, cuenta.

VICENTE Espérense que mate este viejo. (Sopla) Todavía está caliente este diablo. ¡Ah! Cuando era muchachón, tendría más o menos mis dieciocho años, fui un día al pueblo a visitar a un tío que tenía negocio cerca de la plaza. Después de comida, cuando me vieron preparándome para volver, empezaron a decir que no me viniera, que el camino era malo y peligroso y muy oscura la noche. Yo, firme y firme en venirme, hasta que para asustarme me dijeron:

MUJER  
VOZ DE HOMBRE No te vayas, Vicente Montero: en el potrero grande están

saliendo candelillas.

VICENTE ¿Candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de conocer esos pajaritos... Total, me vine; tenía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más puede pedir un hombre?

CONTROL (Galope de caballo que sigue hasta que se indica)

VARIAS VOCES Adiós, Vicente; ten cuidado con las candelillas. Recuerdos a la comadre. (Risas)

Vicente.-  
MUSICA

Eché una galopeada hasta la salida del pueblo, llegué al potrero grande, tomé el camino al lado de la línea y atravesé el río. Ni luces de candelillas. Entonces, pensando que todas eran puras fantasías, me puse a pensar en asuntos que me tenían preocupado. Y así venía, distraído, cuando el caballo se me para en seco (cesa el galope) y casi salgo volando por las orejas del manco. Miré para adelante, a ver si había algún bulto en el camino, y no había ni agua. Le pegué al caballo un chinchorrazo en el cogote

(suenan un pencazo) y le grité: ¡Qué te pasa, manco del diablo! Le solté las riendas; no se movió. Le atraqué otro pencazo (nuevo golpe) y otra vez se me quedó más quieto que una patagua. ¡Esta sí que es buena! ¿Me voy a pasar toda la noche aquí? Miré para los costados y ví, como a unos cien pasos, dos luces que se apagaban y se encendían, moviéndose para acá y para allá. Entonces me dije: estas son las famosas candelillas...

ANTUCO ¿Y eran las candelillas?

VICENTE Eran las candelillas... Pásame otro trago, por preguntón. Y allí me quedé, mirando con tamaños ojos: las luces se encendían, se apagaban, se movían para acá, se movían para allá; y poco a poco se fueron acercando. Cuando estaban como a unos cincuenta pasos empecé a ver algo como un bulto negro que corría debajo de las luces. ¡Ah, aquí está la payasada!, me dije, y haciéndome el tonto ~~empacé~~ desamarré uno de los estribos que llevaba, me afirmé bien la correa en la mano derecha, agarré con la otra mano el cuchillo, uno de cacha negra, que cortaba un pelo en el aire, y esperé. (Pausa) Las luces se fueron acercando, encendiéndose

y apagándose y mientras más se acercaban mejor se veía el bulto: parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse, acercarse, y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firme las espuelas y me fuí sobre el bulto (galope de caballo; Vicente sube el tono) haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ¡Allá va, allá va, allávallavallá! Cuando estuve cerca revolí el estribo y lo largué con todas mis fuerzas sobre el bulto. (Se oye un grito de mujer herida y cesa el galope. Vicente baja el tono) Desmonté de un salto y me fuí sobre la sombra, amenzándola con el cuchillo y gritando: ¿quién eres tú? ¡Habla!

VOZ DE MUJER (Quejosa) No me hagas nada, Vicente Montero.

VICENTE ¿Eh? ¿Quién es usted!

VOZ DE MUJER Soy la Doralisa, Vicentito.

VICENTE ¿La Doralisa? ¿Y qué anda haciendo por acá, por vida suya?

VOZ DE MUJER Ganándome la vida, Vicente; tú sabes que mi marido murió y que me quedé con tres niños; no sé trabajar y en el pueblo nadie me quiere para nada. ¡qué iba a hacer! No me iba a dejar morir de hambre con los chiquillos. La comadre Chepa, la meica, me enseñó esto: me unto las manos con un menjurje que echa luz y en las noches salgo en este despoblado a asustar a los tontos; algunos se desmayan y entonces les ssaco la plata que llevan, aunque siempre llevan muy poca. Tú sabes que este pueblo es un pueblo de calambrientos. ¡No me denuncies, Vicente Montero!

VICENTE Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la fuí a dejar al rancho de la comadre Chepa para que le curara el tremendo tajo que ~~te~~ le había hecho en la cabeza con el estribo... Y desde entonces, hermanito, cuando me hablan de ánimas y de aparecidos, me digo: ¡vengan candelillas, calchonas, viudas y chonchones teniendo yo mi estribera en una mano y el cubhillo en la otra!... Sírveme otro trago, Antuco.

ANTUCO ¡Pero, hombre, te lo has tomado casi todo tú solo!

VICENTE ¿Pero no ~~de~~ dijeron que lo habían hecho para mí? (Risas)

JOSE MANUEL Ahí tienes tú, Vicente: yo no creo en ánimas pero en el colocolo sí; mi padre murió de eso.

VICENTE Sería alguna enfermedad. ¡Ah! (Bostezo) Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas.

JOSE MANUEL Y te voy a contar cómo fué, sin quitarle ni ponerle.

VICENTE Cuenta, cuenta.

ANTUCO Se me está poniendo la carne de gallina.

JOSE MANUEL Hasta los cincuenta años mi padre fué un hombre robusto, bien plantado y macizote. Un día, por éstas y por aquéllas, tuvimos que cambiarnos a una casa que estaba al lado del presidio; era de adobe y muy vieja, pero nos convenía porque era grande y barata. Cuando nos estábamos cambiando, vino una vieja que vivía por ahí cerca y le dijo a mi padre:

VIEJA Mira, José María: no te vengas a vivir a esta casa. Desde que mataron aquí al cuyano Salvatierra, nadie ha vivido en

ella sin tener alguna desgracia en la familia. La casa está fatalizada. Estiene colocolo. Chilena

JOSE MARIA ¡Ja, ja, ja! ¡El colocolo! No tenga cuidado, abuela: en cuanto ese bicho asome la nariz, ¡zás!, se la reviento de un pisotón.

VIEJA Bueno, José María: no te vayas a arrepentir después. Yo te lo advertí.

JOSE MARIA Váyase sin cuidado, abuela, y muchas gracias.

JOSE MANUEL Se fué la veterana... En el primer tiempo no sucedió nada, pero a poco andar mi padre empezó a toser y a ponerse amarillo; se enflaqueció y por las mañanas amanecía acalorado.

JOSE MARIA (Tos sostenida, voz un poco angustiada) ¡Qué diablos me está pasando! He tosido toda la noche, me duele la espalda y siento mareos a cada rato.

JOSE MANUEL Después le vino fiebre y un día tuvo un vómito de sangre; se quejaba de dolores y no pudo ir a trabajar. Una noche, como a las doce, mi madre, que dormía al lado de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

JOSE MARIA (Con angustia) ¡José Manuel! ¡Socórreme! El colocolo me está chupando la saliva. ¡Ay!

JOSE MANUEL Se le hundieron los ojos, y las orejas se le pusieron como de cera. Tosía hasta quedar sin aliento y respiraba seguidito.

JOSE MARIA (Acezando) No me dejen solo, por favor: en cuanto ustedes se van y empiezo a quedarme dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico puntiagudo y una lengua muy fina y muy larga. Se me sienta en la cara y me chupa la saliva. ¡Ay! No lo he podido agarrar; en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y sólo lo veo cuando va arrancando. ¡No me dejen solo, por diosito, no me dejen solo!

JOSE MANUEL En la casa estábamos con el alma en un hilo; andábamos como aparecidos y no sabíamos qué diablos hacer. Por fin, a mi hermano Andrés, que siempre ha sido muy inteligente, se le ocurrió ir a buscar a la viejuca que había dicho que no viviéramos en esa casa. Vino la viejuca.

VIEJA ¿No te dije, José María Pincheira, que no te vinieras a esta casa, que había colocolo?

JOSE MARIA Sí, señora. ¿Estaría razón, entonces, que debo hacer.

VIEJA Ahora lo único que hay que hacer es aguaitar al colocolo y matarlo, y si no, espantarlo. Hay que averiguar en qué cueva vive. A veces se sabe porque se queja y llora como un niño chiquitito; si no grita ni llora, hay que echar harta harina en el suelo, pero de modo que no quede ningún rastro encima. Al otro día se le busca el rastro y cuando se ha dado con la cueva se le echa parafina mezclada con agua bendita. Con esto, si no se ahoga, no vuelve nunca más.

JOSE MANUEL ¿Es un ratón el colocolo?

VIEJA No: tiene cola y no es ratón, tiene plumas y no es pájaro, tiene escamas y no es pescado, llora como guagua y no es niño.

JOSE MANUEL ¿Y qué es, entonces?

VIEJA Es... el colocolo, y nace del huevo huero de una gallina. Cuando se deja botado un huevo así, sin quebrarlo, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace le enseña a chupar la saliva de los que duermen con la boca abierta. Por eso, guaina, hay que cerrar bien la boca.

JOSE MANUEL Se fué la viejuca y ahí nos quedamos, más asustados que antes. Esa misma noche echamos harina al suelo, de adentro para afuera, de modo que no quedara ninguna huella, y mi hermano Andrés y yo nos quedamos al ladito de la puerta, armados de palos y piedras. (Pausa)

CONTROL (Llanto de guagua, quejidos de hombre)

JOSE MARIA (Angustiosamente) ¡El colocolo! ¡El colocolo!

CONTROL (Carreras, voces)

JOSE MANUEL ¡Allá va, Andrés; mávalo!

CONTROL (Golpe como de piedra sobre una pared. Crito agudo de niño. Mansambanga)

### MUSICA

JOSE MANUEL Mi padre murió al amanecer. Después que lo enterramos hicimos una excavación en ~~el mismo~~ la cueva en que se había metido el colocolo y que tenía manchas de sangre; no hallamos nada. Nos fuimos de la casa, pero, tiempo después, como siguiera deshabitada, mi hermano y yo le prendimos fuego. Ardió como una yesca, y dicen que cuando estaba ardiendo se sentía entre las llamas el llanto de una guagua. (Pausa)

Sucesión Manuel Rojas ©

VICENTE (Echa un fuerte ronquido)

JOSE MANUEL ¡Bah! Se durmió el compadre...

ANTUCO Debe estar cansado y borracho. ¡Eh!

VICENTE ¿Ah? ¿Qué pasa? ¿Son ustedes?

JOSE MANUEL Sí, hombre, somos nosotros. ¿Por qué estás tan asustado?

VICENTE ¡Por mi abuela, compadre! Estaba soñando que un colocolo más grande que una ternera me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed. (Bostezo) ¡Ah! Ya debe ser muy tarde. ¿Dónde está mi reloj?

JOSE MANUEL ¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy elegante.

VICENTE Claro, tengo un reloj recontrabueno; se lo compré al administrador. Era de su abuelo. Aquí está.

ANTUCO (Ríe) ¡Pero ese no es un reloj, Vicente! ¡Es una piedra de moler!

VICENTE Sí, ríanse no más. Envidia, pura envidia. Es un Waltham de lo más fino y no lo cambio ni por un caballo con aperos de



plata. Bueno, ya son las once y media y me voy. Buenas noches, pues, y muchas gracias por el vinito. Estaba rebueno. Gusto a poco no más tenía.

JOSE MANUEL Y ANTUCO Buenas noches, pues; adiós, mal agradecido.

CONTROL (Ruido de espuelas; se abre la puerta y empieza el trote de un caballo que se detiene cuando se indica)

NARRADOR Vicente Montero, lleno de vino y de sueño, se quedó dormido sobre su animal, que trotó primero por el camino pero que después tomó el primer potrero que encontró.

JOSE MANUEL (Dramático) Durmiendo, empezó a soñar.

ANTUCO (Cuchicheando) Y soñó con el colocolo.

VIEJA Mírenlo, ahí va, corriendo delante del caballo del vaquero. Tiene los ojitos colorados y vuelve la cabeza para mirar a Vicente Montero. (Grito) ¡Cuidado! Ahora ha saltado y está entre las orejas del animal. ¡Mírenlo! Es como un ratón

con arestín, tiene plumas en lugar de pelos y su cabeza está pelada y llena de granos. ¡Está mirando a Vicente Mon-

tero! ¡Cuidado!

JOSE MARIA (Angustiado) Despierta, Vicente Montero: el colocolo te va a chupar la saliva.

CONTROL (Se detiene de pronto el trote del caballo y se oye el golpe de un cuerpo que cae)

VICENTE (Sorprendido y soñoliento) ¡Qué diablos me habrá pasado! Estoy en el suelo... ¡Esta sí que es grande! ¿Y el caballo? Venía soñando y había un colocolo y una vieja. Los dos eran refeos. (En voz baja) Oiga: ¿qué es eso que está brillando ahí, en el suelo? ¡Chís! ¡Andate!.. No se mueve. ¿Será el colocolo? Y me sigue mirando... Espérate no más que encuentre una piedra,,, Colocolos conmigo... Ya encontré una piedra... Con tal que no le vaya a errar... No te muevas, colocolito lindo: déjame hacerte la puntería. ¡Ya!

CONTROL (Golpe)

VICENTE (Alegremente) ¡Le pegué, le pegué! ¡Aquí está, aquí está! (Transición. Con enorme sorpresa) ¿Qué? ¡Por la misma remadrecita! ¡Hice tiritas mi reloj Waltham! ¡qué bruto soy!